Carlos Falcó
MARQUÉS DE GRIÑÓN
La buena
VIDA
ESPASA

Carlos Falcó
MARQUÉS DE GRIÑÓN

La buena VIDA

ESPASA

© Carlos Falcó y Fernández de Córdoba, 2016
© Antonio Mateos Jiménez, por la introducción, 2016
© Espasa Libros, S. L. U., 2016

Edición: Salvador Pulido
Fotografías de interior: archivo personal del autor
Diseño de interior: María Pitironte

Depósito legal: B.20.841-2016

ISBN: 978-84-670-4874-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com
www.planetadeloslibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel **ecológico.**

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

ÍNDICE

Introducción, ***11***

PARTE I

Prólogo, ***17***

Una saga familiar centenaria, ***19***

Una infancia singular, ***35***

Lecároz y Lovaina, ***53***

Madrid y San Francisco, ***73***

Cuando España era diferente, ***89***

PARTE II

1982: una vendimia mítica, ***111***

La cocina y los vinos de la libertad, ***129***

Nuevos horizontes, ***141***

Los grandes vinos de pago, ***157***

PARTE III

Una aventura milenaria, ***171***

En defensa de la excelencia, ***195***

Epílogo, ***203***

PARTE I

Cada cual se fabrica su destino,
no tiene aquí fortuna parte alguna.

MIGUEL DE CERVANTES,
Don Quijote, Segunda parte

Una

SAGA FAMILIAR

centenaria

Mi nombre es Carlos Falcó y Fernández de Córdoba. Soy el segundo de los cuatro hijos que trajeron al mundo mis padres, Manuel Falcó y Escandón, IX duque de Montellano, y Hilda Fernández de Córdoba y Mariátegui, XIII marquesa de Mirabel. Mis apellidos pertenecen a sagas centenarias, en las que no han faltado hombres y mujeres que en ocasiones contribuyeron con su esfuerzo, su creatividad o capacidad emprendedora a construir la Historia de mi país. Mi familia y su legado han sido fuente de inspiración y guía de mis pasos. El profundo amor a mi tierra ha sido otra motivación que, como a mis ancestros, ha guiado mis anhelos y que espero haber sabido transmitir a mis cinco hijos: Manuel, Xandra, Tamara, Duarte y Aldara.

Estudiar nuestros árboles genealógicos implica remontarse varios siglos siguiendo la biografía de ilustres antecesores que han pasado por derecho propio a ocupar un lugar en la Historia de España. La familia de mi madre, por ejemplo,

desciende directamente de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, que fuera soldado favorito de Isabel la Católica, el mismo que protagonizó la conquista de Granada, y, más tarde, venció a las tropas francesas en Italia… Un hombre fiel a su reina incluso tras la muerte de Isabel, cuando su esposo Fernando de Aragón asumió la regencia de Castilla y consolidó el reino de España.

* * *

Sin olvidar el cariño que siento por otros muchos lugares en los que he vivido, trabajado y disfrutado, debo afirmar que la tierra a la que me siento más unido es la que heredé de mi abuelo materno, Joaquín Fernández de Córdoba, duque de Arión y de Cánovas del Castillo. Me refiero a los Quintos Casa de Vacas y Coronillas, parte del antiguo Señorío de Valdepusa, en los Montes de Toledo, que mi abuelo heredó de sus antepasados los Ribera, Toledo y Fernández de Córdoba, junto con el bello castillo medieval de Malpica de Tajo. El origen del señorío data de 1292, según el árbol genealógico familiar que permanece en la entrada del citado castillo. Anteriormente, sus tierras pertenecieron a la Corona de Castilla, tras la conquista de Toledo a finales del siglo XI. Su titularidad no solo permitía la administración y explotación del territorio, incluía también el derecho de impartir justicia entre sus habitantes. Por este motivo, la repoblación de aquellas tierras recién conquistadas a los musulmanes se consideraba una fuente de ingresos legítima. Sus más de treinta mil hectáreas resultaron ser un buen reclamo para los colonos procedentes de Castilla y León e incluso de Francia —como en el caso del Quinto Bernuy— que buscaban nuevos territorios donde establecerse como agricultores y ganaderos.

Aunque el propio río Tajo y el río Pusa que da nombre a la finca atraviesan el lugar, hasta mediados del siglo XX, cuando se construyeron los sucesivos embalses del primero, eran relativamente escasos los regadíos, y fueron los cultivos de secano, con cereales, viñas y olivos, y los montes de abundante caza los que dieron forma a su paisaje a lo largo de los siglos. Estos últimos no eran solo una fuente de riqueza para las comunidades que se instalaron aquí, sino también un símbolo de permanencia y compromiso a largo plazo con la tierra. Con el paso de los siglos, los Montes de Toledo se convirtieron en la segunda región de olivar más extensa y de mejor calidad de España. La tradición cuenta que los aceites de la región eran los preferidos por doña Isabel de Castilla. Desde entonces hasta nuestros días, gracias a la última almazara construida en Casa de Vacas (2013), se prolonga una tradición siete veces centenaria que incluye, entre otros, el antiguo molino situado en la plaza de Malpica de Tajo, cuyo edificio data del siglo XVII.

* * *

Otra de las raíces de mi familia materna nos conduce hasta Plasencia, en el norte de Extremadura. Allí, no muy lejos de tierras salmantinas, se encuentra el Palacio de Mirabel, un monumento que marca el inicio de la historia de Plasencia en el siglo XII y que hereda mi madre de su tío, el duque de Bailén, tras la Guerra Civil, junto con el Marquesado de Mirabel y otro monumento de extraordinaria importancia histórica, el Monasterio de Yuste, donde pasó sus últimos años el emperador Carlos V. El propietario de Mirabel a mediados del siglo XVI era otro de nuestros antepasados, Luis de Zúñiga, cronista real y acompañante personal del monarca hasta que

le sobrevino la muerte. Es muy probable que fuera precisamente don Luis quien le sugiriera este destino para su retiro definitivo. Solo alguien que conociera bien aquella zona podía conocer un lugar tan alejado de cualquier ciudad o bullicio, en la Vera de Cáceres, junto al pueblo de Cuacos. Un lugar a buen seguro desconocido para Carlos V, cuyo imperio se extendía a lo largo y ancho de Europa y del norte al sur de América. Cuando los treinta y ocho monjes jerónimos que integraban la comunidad de Yuste recibieron la visita de Su Majestad cesárea, se vieron desbordados, ya que, a pesar de haber reducido sustancialmente el número de sus miembros, la corte que acompañaba a Carlos V superaba las cincuenta personas, por lo que hubo que aplazar unos cuantos meses el momento de la mudanza definitiva. Durante ese tiempo, el emperador se alojó en el cercano castillo de Jarandilla, propiedad del conde de Oropesa y hoy parador de turismo.

Recuerdo visitar Yuste de niño con mis padres. Apenas lo habitaban entonces siete u ocho monjes. El monasterio había sido rescatado y restaurado por la Casa de Mirabel tras la desarmortización de Mendizábal, al conocer las intenciones del emperador Napoleón III de adquirirlo. Podíamos pasear con tranquilidad por su claustro, su jardín y las estancias que había ocupado tan ilustre huésped. En tiempos de Franco, mi madre cedió el monasterio al Ministerio de Educación con la condición de que se creara un patronato que velara por su conservación, y de que siempre participaran tres miembros de nuestra familia en su administración. Franco incumplió esa condición y celebró la cesión del monasterio durante un acto repleto de altos mandos del Movimiento Nacional vestidos con sus uniformes de chaquetas blancas, al que no fueron invitados mis padres. Esa condición esencial para la cesión

del monasterio no se cumpliría hasta bien entrada la década de los noventa, con la llegada de Esperanza Aguirre al Ministerio de Cultura. Más de una década después, en 2004, el monasterio pasó a formar parte de Patrimonio Nacional, la misma institución que administra el antiguo Patrimonio de la Corona y sus residencias reales, incluidos los Palacios Reales de Madrid, la Granja de San Ildefonso y Aranjuez, así como el Monasterio de El Escorial y tantos otros edificios históricos pertenecientes a todos los españoles. La iniciativa surgió de Su Majestad el rey don Juan Carlos, quien me comentó en una de sus visitas a Casa de Vacas que la Casa Real no tenía residencia oficial en Extremadura, por lo que Patrimonio Nacional propuso al Patronato del monasterio su disolución y cederle su titularidad para convertirlo en residencia real en esta tierra. Solo lamento que mi madre, fallecida en 1998, no pudiera conocer esta decisión que habría apoyado y celebrado con entusiasmo.

Es también fascinante la historia que rodea al Palacio de Mirabel, construido en el siglo XIII como fortaleza y reformado en palacio renacentista en el XVI, unido al Marquesado de Mirabel, título que lleva en la actualidad mi hija mayor, Xandra. En 1492, Antonio de Nebrija publicó el primer diccionario latino-español de la Historia gracias al mecenazgo de Juan de Zúñiga y Pimentel, propietario por entonces del palacio. Aunque Nebrija era profesor en la Universidad de Salamanca, no fue hasta que Zúñiga apostó por él y lo alojó en una casa de su propiedad situada en Zalamea de la Serena cuando empezó a producir su valioso legado. Además del diccionario antes mencionado, fue donde escribió su famosa *Gramática* —la primera en lengua castellana— que dedicó a Isabel La Católica «para que la conozcan los que la hablan

de nacimiento y la aprendan otros como los vizcaínos o los franceses y los pueblos de las naciones que vuestra majestad, reina de las Españas, pudiera conquistar». Dos generaciones más tarde, en tiempos de Felipe II, Miguel de Cervantes dedicó la primera edición de *Don Quijote* al duque de Béjar, entonces propietario de Mirabel.

Respecto al Marquesado de Griñón, procede del señorío del mismo nombre. En 1862, con la abolición del régimen señorial iniciado en las Cortes de Cádiz, desaparecían con muchos otros los señoríos medievales de Griñón y Cubas, pueblos cercanos a la autovía que hoy une Madrid con Toledo, adquiridos por el marqués de Malpica y señor de Valdepusa en el siglo XIV. La reina Isabel II quiso crear sendos marquesados —lo que implicaba una elevación de categoría respecto a los antiguos señoríos, pero sin sus privilegios feudales— para otorgarlos a dos hermanas, María Cristina y María Blanca Fernández de Córdoba. La primera recibió el de Griñón, la segunda, el de Cubas, que hoy lleva mi hermano Fernando.

* * *

Los orígenes de la familia Falcó están documentados, en un amplio estudio genealógico que poseo, desde el siglo XVI, y tienen sus raíces del Reino de Valencia. Más tarde, los Falcó se trasladaron a la corte y crearon una fortuna que incluía tierras en ambas Castillas, Andalucía y Extremadura. Ya en el siglo XIX, dos hermanas Falcó se casaron con el duque de Fernán Núñez —cuyo abuelo, embajador en París durante los difíciles tiempos de la Revolución Francesa, fue retratado por el gran Francisco de Goya en un cuadro que hoy conserva mi primo Manuel Falcó, el actual titular del ducado— y

con el duque de Alba, dos auténticos próceres de la aristocracia española. Con este doble enlace se inicia la línea de parentesco que une a nuestra familia con los Alba. Mi padre era primo hermano del padre de Cayetana de Alba, Jacobo (Jimmy) Fitz-James Stuart y Falcó, a la sazón embajador de España en Londres entre 1937 y 1945, amigo y pariente del célebre estadista británico Winston Churchill.

La genealogía de los Falcó nos remite también al otro lado del Atlántico gracias a mi abuela, Carlota Escandón. A ella debo mi nombre, inspirado a su vez en el de su madrina, la emperatriz Carlota de México, cuyo esposo, Maximiliano de Austria, murió fusilado en Querétaro por los revolucionarios mexicanos. La abuela Carlota había conocido de joven en París a mi abuelo paterno, Felipe, duque de Montellano y senador por el Partido Liberal en el Congreso, con quien pronto contrajo matrimonio. El gran Giovanni Boldini le haría un elegante retrato que refleja admirablemente su personalidad. En aquel tiempo eran frecuentes los enlaces entre miembros de familias nobles europeas y herederas americanas. La familia Escandón había logrado una considerable fortuna en tiempos del presidente Porfirio Díaz con la construcción del estratégico ferrocarril México DF-Veracruz, el principal puerto del país.

Mi padre, Manuel, nacería en 1892 en París, donde los Falcó tenían una magnífica mansión en la *avenue* Victor Hugo, pero, al poco tiempo, en 1900, mis abuelos decidieron trasladar su residencia al emergente Paseo de la Castellana de Madrid, una avenida que ya era un magnífico escaparate de la mejor arquitectura de la *belle époque.* Allí, en su esquina con el Paseo del Cisne (hoy calle de Eduardo Dato), pusieron en pie un bellísimo palacio rodeado de jardines del que mi pa-

dre puso de niño la primera piedra: el Palacio de Montellano. Allí fue también donde nació en 1898 su segunda hija, mi tía y madrina Paloma Falcó.

Fue un hombre culto de formación europea. Se educó en España e Inglaterra, en el internado jesuita de Beaumont. Su vida de adulto se desarrolló en España, y, como ya he mencionado, una de sus mayores pasiones fue la restauración y conservación de nuestro patrimonio histórico y cultural.

Mi abuelo materno, Joaquín, y él aportaron iniciativas muy relevantes a la creación de la incipiente red general de carreteras a principios del siglo XX, durante el Gobierno de Primo de Rivera. Mi madre, Hilda, me contó una anécdota de los tiempos en los que su padre estaba al frente de la Dirección General de Firmes Especiales, responsable de adoquinar las principales carreteras del país, un proyecto que no solo mejoraría las comunicaciones entre capitales españolas, sino que también era condición necesaria para fomentar la incipiente industria del automóvil y el desarrollo turístico de España. Su nivel de exigencia era muy alto y solía comprobar personalmente la calidad de cada nuevo tramo construido. En cada inauguración, su procedimiento siempre era el mismo: recorrer el nuevo trayecto a bordo de su Rolls-Royce, comprobando la afirmación de su importador y amigo Carlos de Salamanca: el único sonido que debía escucharse dentro de un Rolls tenía que ser… el del llavero del coche.

Como grande de España y gentilhombre al servicio del rey Alfonso XIII, mi padre acompañó frecuentemente en sus desplazamientos al bisabuelo de nuestro actual rey, Felipe VI. En cierta ocasión, al principio de la década de los años veinte, durante una cena en la que participaban otros miembros de la nobleza, Alfonso XIII planteó la necesidad de que se

implicaran en la financiación de una serie de proyectos necesarios para que el país creciera. Hablaba de la primera línea de Metro de Madrid y de la construcción del hotel Ritz, en cuya fundación participaron mis abuelos o los Alba, junto con el propio Alfonso XIII. Años más tarde, durante un viaje, mi padre propuso al rey la creación de la red de Paradores. La idea era crear una cadena de hoteles turísticos restaurando edificios históricos a lo largo y ancho de la geografía del país. De esta manera se lograría recuperar parte de nuestro riquísimo patrimonio monumental, incluyendo castillos y conventos que sobrevivían en estado de abandono, cuando no eran comprados y trasladados piedra a piedra por millonarios americanos. Al tiempo se trataba de una apuesta para convertir España en destino privilegiado para la prometedora industria del turismo. El mundo estaba cambiando, viajar ya no era privilegio exclusivo de las clases pudientes.

Tras escucharle, don Alfonso le dijo: «Manolito, ¡has tenido una gran idea! Organiza una comida en casa de tus padres con Primo de Rivera y demos forma al proyecto». La cena fue un éxito: el nuevo jefe del Gobierno decidió apoyar el proyecto con un millón de pesetas (unos seis millones de euros actuales) procedentes de un nuevo impuesto ferroviario y nació la primera red de Paradores del Estado. A la lista inicial de mi padre, en la que se incluían, entre otros, el parador de Oropesa (Toledo) y el de Mérida (Cáceres), Alfonso XIII añadió su refugio de caza en la sierra de Gredos. Se iniciaba así una oferta de albergues singulares donde el entorno era tan importante como la residencia en sí misma, lugares de un alto valor histórico, patrimonial o paisajístico que, gracias a esta iniciativa, pudieron convertirse en atractivos destinos turísticos internacionales. La red de Paradores de Turismo se

convertiría en institución de referencia para el turismo de calidad a nivel mundial.

Uno de aquellos millonarios norteamericanos empeñados en trasladar algunos monumentos europeos a Estados Unidos fue Randolf Hearst, el magnate de la prensa que inspiró a Orson Welles su obra maestra cinematográfica *Ciudadano Kane*. Mi padre conoció a Hearst por mediación de un tío suyo, Manuel de Villavieja, quien escribió un libro titulado *Life has been good* (*La vida ha sido buena*), en el que contaba cómo conoció a los magnates más importantes de principios del siglo XX en aquel país. Otro de ellos, que compartía amistad con Hearst, era Archer M. Huntington, un filántropo enamorado de España que fundó en Nueva York, en 1904, la Hispanic Society of America (HSA), una institución consagrada al estudio y la difusión de nuestra cultura, gracias a la que hoy disfrutamos de los míticos catorce lienzos que Sorolla pintó por encargo suyo para ensalzar las distintas regiones de nuestro país, así como su colección con varias obras de Goya, textiles medievales, piezas romanas… A Huntington dedicó el diario *ABC* en 1953 estas palabras: «Nunca contó España con un embajador de buena voluntad en Norteamérica —ni en ninguna parte— que hiciera tanto por fomentar el estudio y el amor hacia nuestra cultura».

En cierta ocasión, Huntington fletó un tren privado para que sus amigos viajaran desde Nueva York a San Francisco y pudieran conocer la nueva mansión que Hearst acababa de inaugurar en la costa del Pacifico californiano, en San Simeon, a medio camino entre San Francisco y Los Ángeles, que incluía una «piscina» procedente de un templo romano y gran número de elementos románicos, góticos… Mi padre, que aún no había cumplido los treinta años, fue invitado a

ese viaje y siempre lo recordaba como una de las más singulares experiencias de su vida. Otra se remontaba a 1919, al día previo a la entrada en vigor de la famosa ley seca en Estados Unidos, la última noche en que se podía consumir alcohol. Mi padre asistió a un baile en Nueva York que, como es fácil de suponer, terminó a altas horas de la madrugada y con muchos invitados en estado de embriaguez.

Tanto mi abuelo Joaquín como mi padre fueron presidentes del Real Automóvil Club de España (RACE), que mi padre impulsaría con la construcción del circuito automovilista del Jarama y su campo de golf. Más tarde asumiría su presidencia mi hermano Fernando, que puso en marcha el primer servicio de asistencia en carretera con cobertura nacional y, posteriormente, llegaría a ser presidente de la Federación Internacional del Automóvil (FIA).

* * *

Mis padres iniciaron su relación en 1927 en La Venta de la Rubia, un club social situado a las afueras de Madrid al que solía acudir la alta sociedad de la época, incluida la esposa de Alfonso XIII, la reina Victoria Eugenia, y sus hijas, las infantas Beatriz y María Cristina, amigas de mi madre desde su infancia. La reina fue, precisamente, la primera en sospechar del romance cuando una tarde ninguno de los dos apareció a la hora prevista para tomar el té…

En 1928, contrajeron matrimonio; mi madre tenía dieciséis años menos que mi padre. A pesar de las duras circunstancias iniciales —en 1930 se inició la Gran Depresión, seguida de la proclamación de la Segunda República Española y de la Guerra Civil— fueron muy felices durante el resto de su vida en común. No solo nos dieron la mejor educación que tuvie-

ron a su alcance, haciendo especial hincapié en el estudio de los idiomas y las artes, sino que también se preocuparon de que nuestra vida familiar estuviera llena de escapadas y actividades en las que pudiéramos adquirir conocimiento sobre múltiples aspectos de la vida, la cultura, el amor al campo o la defensa del medio ambiente. Dos de sus viajes anuales favoritos eran los festivales de música de Granada y Salzburgo (Austria). Acudían todos los años desde su fundación en 1952; yo les acompañaba siempre para compartir con ellos nuestra común pasión por la música clásica y poder disfrutar de ambas hermosas ciudades.

En una ocasión, al terminar el festival, visitamos un almacén a las afueras de Granada donde se conservaban los restos de la casa familiar de los Fernández de Córdoba, la familia del Gran Capitán, que sus descendientes ocuparon durante siglos pero que en la década de 1930 terminó siendo derruida. Lo más valioso que se conservaba en aquel lugar eran unos artesonados mudéjares realmente extraordinarios. Mi padre nos explicó que estaban dimensionados a la medida de cada una de las estancias del Palacio de los Córdova y tuvo una idea: ¿por qué no reconstruirlo a partir de esos artesonados?

Un respetado académico granadino, Antonio Gallego Burín, facilitó a mi padre sus dibujos y anotaciones sobre la casa solariega de los Córdova, así que mi padre, entusiasmado, adquirió para su nuevo emplazamiento una parcela privilegiada del célebre barrio del Albaicín, situada al final de la Carrera de Darro: la Huerta de la Verónica. Con la energía que le caracterizaba cuando iniciaba una restauración —él y mi madre habían sido nombrados Hijos Adoptivos de Plasencia por la restauración completa del Palacio de Mirabel—, consagró los últimos años de su vida al nuevo proyecto grana-

dino hasta conseguir su propósito con ochenta y cuatro años cumplidos. Tras su fallecimiento, la Casa de los Córdova se convirtió en sede del Archivo Histórico de Granada, de propiedad municipal.

Años después de su muerte, el entonces presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton, y su esposa, Hillary, invitados por los reyes don Juan Carlos y doña Sofía, cenaron en aquella casa para poder disfrutar de sus vistas nocturnas sobre la Alhambra iluminada. Clinton, visiblemente impresionado, dijo que aquel «era el lugar más bello donde nunca antes había visto anochecer». El rey explicaría al presidente el origen del palacio ante mi hija Xandra y su futuro esposo Jaime Carvajal, quienes meses más tarde, tras su boda en el Palacio Mirabel, se instalarían cuatro años en Washington.